

In memóriam Eugenio Coseriu

BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ
Universidad Autónoma de Madrid

El 7 de septiembre de 2002 falleció el Prof. Eugenio Coseriu en la ciudad de Tubinga, de cuya universidad fue catedrático de Filología Románica y de Lingüística General durante muchos años. Coseriu es uno de los mayores exponentes, si no el mayor, de la lingüística de la segunda mitad del siglo XX. Su magisterio ha sido muy apreciado en el mundo hispánico, en particular entre los romanistas y los filólogos clásicos. No está de más recordar que fue profesor de Lengua Latina en la Universidad de Montevideo y que allí, en el decenio de los cincuenta, surgieron sus primeros estudios de latín vulgar y del latín de Hispania. En su copioso currículum se cuentan más de veinte trabajos publicados que tratan, en mayor o menor medida, de latín vulgar, de la influencia del griego a través del latín vulgar en las lenguas románicas y de otras cuestiones fronterizas de aquél y éstas; pero lo más sorprendente, para quienes hemos removido su archivo, es el ingente material, en diferente grado de elaboración, sin publicar. Por lo que, inevitablemente, Coseriu seguirá siendo novedad en los años venideros.

La teoría lingüística de E. Coseriu se inserta en la mejor tradición del pensamiento europeo. Veamos qué pensaba él acerca del intento de identificar sus maestros y sus fuentes:

Por mi parte, pienso que es preciso y hasta imprescindible hacerlo. No sólo en mi caso, sino para todo estudioso que se respete. Porque la identificación de fuentes y maestros es, quizá, la mejor vía para aclarar y comprender el sentido de la actividad de un científico y la unidad ideal y coherencia de ésta, así como para establecer con seguridad sus conexiones en el mundo de la ciencia y, con ello, su lugar en el mundo. Hay, por cierto, lingüistas que se creen únicos y aislados, que afirman o creen no deber nada a otros lingüistas y pretenden que en otros estudiosos no han encontrado sino la confirmación de sus propias ideas o convicciones. Pero se equivocan. Y ha habido quien afirmara no deber nada a Ferdinand de Saussure. No es ésta mi actitud. A mi entender, es sumamente difícil, en la lingüística moderna, no deber nada a Saussure, aun cuando no se acepte ninguna de las tesis saussureanas. En cuanto a eso de encontrar en otros sólo la confirmación

de sus propias ideas, se trata de una ilusión muy frecuente y fácilmente explicable: es así como suelen producirse y percibirse las «influencias» en el ámbito de las ciencias de la cultura y, por ende, de la lingüística. Puesto que el lenguaje, por su naturaleza, es «cosa de todos» y, en rigor, hecha por todos, todos podemos tener las mismas intuiciones; de suerte que, al encontrarlas formuladas y explicitadas por otros como ideas, podemos (y solemos) tener la impresión de que se trata sólo de lo que «ya sabíamos», aunque esto no significa que lo supiéramos como idea explícita y fundada. Más aún: la intuición misma puede ser estimulada y suscitada por la formulación feliz de una idea que reconocemos espontáneamente como «verdadera» porque corresponde también a nuestra «verdad», a la verdad que «sentíamos» oscuramente, pero que no lográbamos expresar. Por ello, en lo que me concierne, estoy siempre dispuesto a admitir que mucho de lo que tiene validez, e incluso todo lo valedero, en mis escritos e investigaciones (en cuanto concepción y método), procede de otros lingüistas y de varios filósofos del lenguaje, a través de un proceso dialéctico de síntesis, cuya base constante de referencia ha sido la realidad misma del lenguaje, tal como se presenta a la introspección reflexiva y a la observación sistemática. Lo cual pienso que no me disminuye en absoluto, ya que sólo significa que, estimulado por formulaciones ajenas, he vuelto a vivir por mi cuenta el mismo paso del saber intuitivo al saber reflexivo y fundado. Y no me cuesta reconocer como maestros ideales, en la lingüística como tal, a Humboldt, a Saussure, a Pagliaro y, en un plano más alto (el filosófico y epistemológico), a Platón, Aristóteles, Leibniz, Vico, Kant, Hegel, Husserl y Croce, sobre todo a Aristóteles y a Hegel (*Discurso de investidura como doctor «honoris causa»*, pronunciado en la Universidad Autónoma de Madrid el 4 de junio de 1999, p. 34).

Para mayor información sobre la personalidad humana y científica del Prof. E. Coseriu, se incluye a continuación el artículo periodístico que publicamos a raíz de su muerte; en él se recoge el relato que nos hizo pocos días antes de morir sobre las duras condiciones en que huyó de su país a los dieciocho años.

EUGENIO COSERIU (1921-2002). UN LINGÜISTA PARA EL SIGLO XXI¹

El sábado por la tarde nos llegaba de Alemania, desde la Universidad de Tübinga, la noticia del fallecimiento del Profesor Eugenio Coseriu, figura señera de la lingüística de la segunda mitad del siglo xx. Por lo que ha significado para la lengua española y para la lingüística escrita en español, bien merece que dediquemos unas líneas a recordar lo que ha sido su vida y la importancia que tiene su obra. Nació en Rumania, en la parte que hoy es República de Moldavia, se formó en Italia durante el quinto decenio del siglo; se doctoró en Letras por la Universidad de Roma y en Filosofía por la de Milán. En 1950 emigró a Montevideo, donde ejerció la docencia universitaria trece años y adoptó la nacionalidad uruguaya que ha mantenido hasta su muerte. Allí publicó sus primeros en-

¹ Artículo publicado en *La Razón*, 14-IX-2002, p. 22.

sayos que le granjearon un reconocimiento universal; entre ellos, los titulados *Sistema, norma y habla* y *Sincronía, diacronía e historia*, con los que superaba célebres antinomias de F. de Saussure, el padre de la lingüística estructural. Tras estancias breves en las universidades de Bonn y de Fráncfort, pasó a la de Tübinga en 1963, donde ha sido catedrático de Filología Románica y de Lingüística General hasta su jubilación y donde ha conservado su despacho hasta el presente.

E. Coseriu deja una obra científica con decenas de libros y centenares de artículos publicados en las lenguas más importantes de Europa, principalmente en la alemana y la española. En ellos abarca el amplio mundo comprendido entre dos polos inseparables de la actividad humana, el lenguaje y el pensamiento. Rara será la disciplina lingüística que no haya tocado el maestro de Tübinga; pero su obra inédita, o que espera una publicación adecuada, dobla con creces la ya editada y abarca otros aspectos más allá de la actividad científica, como la creación literaria, la crítica de arte o las contribuciones periodísticas; fue, por ejemplo, redactor del *Corriere Lombardo* entre 1945 y 1950. Su inmensa correspondencia científica con las mentes más preclaras de las letras y del pensamiento del siglo pasado es una mina de información. Poner todo ese material a disposición de la comunidad científica es una ímproba labor que llevará años y a la que ya hemos dedicado meses enteros, en particular mi colega José Polo, que ha buceado como nadie en ese mar sin fondo del archivo coseriano.

Desde Montevideo, el pensamiento lingüístico de Coseriu se difundió muy pronto por toda Iberoamérica, incluido el Brasil, así como por España y Portugal. Buena parte de su obra ha sido dada a conocer al mundo entero por medio de la editorial Gredos. Su influencia en el ámbito hispánico ha sido inmensa; siguiendo su magisterio, se han dirigido numerosas tesis doctorales en muchos departamentos universitarios de nuestro país; su teoría semántica ha gozado de un esplendoroso desarrollo en las áreas de filología española, latina y griega en las universidades de Granada, La Laguna, Salamanca, León, en la Complutense, Autónoma de Madrid, etc.

Como romanista, la labor de Coseriu ha sido ingente en todas y cada una de las lenguas románicas, pero quizás es hora de decir que no disimulaba su predilección por la española. De hecho, desde que se instaló en Alemania, la Universidad de Tübinga ha sido un centro importantísimo de difusión del español; de sus aulas han salido promociones sucesivas de licenciados con una preparación envidiable en nuestra lengua; muchos de ellos la enseñan hoy en universidades alemanas y en centros de enseñanza media. Él contribuyó en alguna medida a que en Tübinga se asentara otro gran intelectual español, Antonio Tovar, con el que convivió hasta su jubilación como catedrático de Lingüística Indoeuropea. Por muchas razones, Coseriu es el más egregio de cuantos lingüistas se han expresado directamente en español. No en vano, ha manifestado la voluntad de que su obra científica se edite completa en español; en alemán lo está haciendo ya la editorial Gunter Narr, creada por el discípulo que comenzó sacando a ciclostilo los apuntes del maestro en los años sesenta.

Su dominio de las lenguas clásicas, de las románicas, germánicas y eslavas le ha abierto muchas puertas. Ha impartido cursos como profesor invitado en más de 30 universidades de América y Europa. Ha sido miembro de las instituciones y sociedades científicas más acreditadas del mundo; entre ellas, miembro correspondiente de la Real Academia Española. El reconocimiento de su obra se ha visto refrendado por los doctorados *honoris causa* que le han otorgado más de cuarenta universidades europeas y americanas; y ahí se cuentan varias españolas; en algunas más ha dejado pendiente la investidura.

Quizás merezca la pena apuntar, al menos, cómo se ha producido este portento de saber y cultura que ha sido el profesor Coseriu y cómo se puede explicar su extraordinario dominio de lenguas. Para ello, hay que ir a sus orígenes. Nació en Mihaileni, una población de 6.000 habitantes en el norte de la región moldava de Besarabia. Su lengua familiar era el rumano y desde ella, con su gran formación latina, no le fue difícil profundizar en el estudio de las demás lenguas románicas. Por otro lado, gran parte de Moldavia había estado anexionada a Rusia durante más de un siglo, entre 1812 y 1918, hasta poco antes de nacer Coseriu. Sus padres conocían bien el ruso, que había sido lengua oficial en la enseñanza durante esa época; el padre, funcionario de Sanidad, que había vivido en Kiev, le dio las primeras lecciones en esa lengua y con su ayuda hizo las primeras lecturas de la gran literatura rusa. Con estos antecedentes y los estudios que cursó después, se entiende que las lenguas eslavas, además de la mencionada, el búlgaro, el serbio y el croata, en particular, no tuvieran secretos para él. En una ocasión he podido comprobar, comiendo con él en un restaurante en el que nos atendía una camarera búlgara, cómo le hablaba en su lengua, mientras ella, sorprendida, exclamaba: ¡habla como yo!

Por fortuna para la lengua española, el destino de Coseriu estaba en Occidente; pero no conviene ignorar de qué forma, tan dramática, hubo de abandonar su tierra. Corría el verano de 1940 y casi toda Europa era un polvorín que explotaba en diversos sentidos. Rusia volvía a ocupar la región de Moldavia que había soltado veintidós años antes. Coseriu, como otros muchos intelectuales rumanos, mayores que él, no comulgaba con los ideales políticos del poderoso vecino y enemigo que se les echaba encima; tuvo que huir precipitadamente de Mihaileni, durante los días tres y cuatro de julio, acompañado de su padre, a pie, atravesando campos, evitando las guarniciones rusas establecidas en los poblados. Cuando llegaron a la nueva frontera, el oficial ruso les impidió el paso y su destino habría sido muy distinto, de no ser por la intervención del teniente coronel de la parte rumana que lo conocía, pues el joven Coseriu había dado clase particular a un hijo suyo. Su padre pudo seguir con él, con la promesa de regresar, hasta el primer pueblo, Stefanesti, donde le compró unas sandalias con el último dinero que llevaba; había gastado el calzado por el camino. No volvería a verlo hasta veintiocho años después en Bucarest y tampoco pudo ver ya a su abuela Tatiana que fue deportada al Mar Blanco, donde murió. Con lágrimas en los ojos, nos contaba todo esto el 20 de agosto último en su casa, postrado en la cama; nunca había visto a Coseriu llorar. Al día siguiente ingresó en el hospital, de donde ya no saldría.

Ya en la parte rumana, solo y sin familia, Coseriu pudo subsistir gracias a la ayuda de un amigo y de P. Caraman, su profesor de lenguas eslavas en la Universidad de Iasi, a pocos kilómetros de la frontera, donde había estudiado el curso anterior. Por medio de esta universidad consiguió una beca para proseguir sus estudios en Roma, adonde llegó ese mismo año de 1940. Y claro, para un estudiante de lenguas románicas, llegar a Roma, después de tanta penalidad, era ya ganar el cielo. Haciendo la salvedad de que las comparaciones son odiosas y salvando todas las distancias, con ocasión de su investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad Autónoma de Madrid, le recordamos, por supuesto en latín, que, habiendo salido de la antigua Dacia, pasando por Roma y recorriendo el mundo hispánico y el germánico, había emulado de otra manera, con las armas del saber, al emperador Trajano, nacido en Hispania y que conquistó parte de Germania y la Dacia, hoy, gracias a él, Rumania, tierra de romanos.

Recientemente, nos reconocía cómo su condición de refugiado y sobre todo la separación de su familia había contribuido a endurecer su carácter; desde muy joven tuvo que valerse por sí mismo y, desde luego, no perdió el tiempo. Su etapa italiana, en las universidades de Roma, Padua y Milán, fue fecundísima en acopio de cultura, de manera que, gracias a ella, puede producirse en Montevideo la eclosión de su actividad científica. Siempre hemos tenido curiosidad por saber qué fue lo que lo impulsó a hacer el viaje de las Américas. Estaba en una Italia depauperada a causa de la guerra y no debía de ser pequeño el incentivo de la próspera economía de los países sudamericanos, donde Uruguay era una especie de Suiza; además, según nos ha comentado en más de una ocasión, influyó el contacto que tuvo en Milán con el cónsul uruguayo Ponce de León; pero no sé si es casualidad que su primera mujer, Margherita Cardu, con la que se casó en Italia en 1944, había nacido en Uruguay. El hecho es que Montevideo nos lo hizo definitivamente hispánico.

Coseriu ha sido el gran lingüista iberoamericano y europeo de la segunda mitad del siglo XX; bien es verdad que en el mundo anglosajón, donde impera la lingüística de N. Chomsky, se ha hecho difícil su penetración, pero su obra, todavía en buena parte inédita, tiene las mejores perspectivas para proyectarse hacia el futuro; así lo han pronosticado otros lingüistas de solvencia. Los últimos, quizás, en reconocer sus méritos han sido sus paisanos. En la República de Moldavia no han podido conocer su obra hasta que se produjo el desmoronamiento de la Unión Soviética; desde entonces lo han colmado de distinciones, lo han hecho ciudadano de honor, lo han paseado, casi procesionalmente, por el país del que salió a pie y descalzo; han tratado de recuperar los 40 años perdidos que llevábamos en Occidente disfrutando de su obra y, sabedores de que esa obra perdurará, acaban de dedicarle un libro que lleva por título *Un lingüist pentru secolul XXI*, el mismo que hemos puesto nosotros aquí.

BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ
Universidad Autónoma de Madrid